

peraron el alba para hacer su desembarco, apoyados por el fuego de dos fragatas.

Los habitantes, al ver estos preparativos, huyeron á las montañas, llevando consigo todo lo mejor que tenían, y abandonando sus casas al saqueo y al incendio. Sólo los frailes, acostumbrados á la inviolabilidad del sacerdocio, respetado hasta entónces en las guerras de Italia, quedan encerrados en sus conventos. Los franceses fuerzan las puertas de estos asilos, matan sin distincion, culpables ó inocentes, á los frailes, designados á su venganza por las tramas de que han sido instigadores y por el cobarde asesinato de Chaila. El saqueo y el incendio, represalias terribles, devastan y destruyen la madriguera de la piratería y del robo. Los franceses no dejaron en la ciudad de Oneille, al embarcarse, más que un monton de cenizas, y los cadáveres de los frailes entre las ruinas de sus conventos.

La expedicion de Oneille y el degüello de sus sacerdotes, léjos de apaciguar la insurreccion en las montañas del condado de Niza, hizo que se levantasen en masa los barbetos. Reunidos á los piamonteses y á un cuerpo austriaco cedido al rey de Cerdeña por el emperador, atacaron á los franceses en Sospello, que era el punto más elevado que ocupaban. Seis mil hombres y diez y ocho piezas de artillería arrojaron de allí al general Brunet. Anselme salió de Niza con toda la guarnicion, compuesta de doce compañías de granaderos, mil quinientos hombres escogidos y cuatro piezas de artillería, y fué á rescatar aquella importante posicion. La rescató en efecto á la bayoneta, y volvió á Niza. Denunciado á la Convencion por su benigna administracion, culpable á los ojos de los jacobinos por haber contenido los asesinatos y las venganzas de los nizardos, fué arrestado en medio de su ejército victorioso, y conducido á Paris para expiar en los calabozos las primeras glorias de las armas francesas.

Al mismo tiempo, una escuadra mandada por el almirante Latouche iba á intimar al rey de Nápoles que se declarase en pro ó en contra de la república, y que desaprobase los manejos de su embajador en Constantinopla contra el reconocimiento del pabellon tricolor por el sultan. La escuadra, compuesta de seis buques de guerra, habia entrado al 27 de Diciembre en el golfo, desafiando á las quinientas piezas de artillería de los muelles y los fuertes de Nápoles. Latouche, despues de haber anclado debajo de las ventanas del palacio del rey y dado la señal de combate á sus buques, envió un granadero de las tropas de marina á llevar un mensaje al mismo rey. Este embajador no tenia más título que el de soldado frances, ni otras credenciales que las mechas encendidas de los cañones de la escuadra que el rey veía humear desde lo alto del terrado de su palacio. El almirante exigía en su carta que el enviado de la república fuese recibido, que se garantizase á Francia la neutralidad de Nápoles, que se llamase al embajador insolente que habia negado la legitimidad del gobierno del pueblo frances en Constantinopla, y que la corte de Nápoles enviase un embajador á Paris. La negativa de una sola de estas condiciones sería la señal del fuego de los buques.

Intimidado el rey, recibió al granadero frances con los honores que hubiera concedido al enviado de la república; accedió á todo lo que se le pedía, y ademas ofreció su mediacion entre la república y sus enemigos. «La república—le respondió el granadero—no quiere más mediacion entre ella y sus enemigos que la victoria ó la muerte.» La corte de Nápoles, dominada por una reina orgullosa y enemiga de los franceses, sufrió aquella humillacion sin murmurar. Fingió cumplir

las condiciones pacíficas impuestas por la actitud de Latouche, y tomó de nuevo con más odio su puesto en la conjuracion de las cortes.

XII

En tanto que nuestros batallones sometian á Saboya y al condado de Niza, miéntras nuestras escuadras dominaban las costas del Mediterráneo, y Dumouriez limpiaba lentamente la Champaña, los austriacos, alentados en los Países Bajos por haberse ausentado el grueso de nuestras tropas, que Dumouriez habia llamado para la reunion en el Argonne, intentaban penetrar por el Norte de Francia. Los emigrados habian persuadido al duque Alberto de Sajonia-Teschén, gobernador de los Países Bajos, de que los habitantes del Norte de Francia, y el pueblo de Lille sobre todo, no esperaban más que un pretexto para sublevarse contra la Convencion y para declarar á su rey cautivo una fidelidad que estaba en el carácter de aquellas provincias. Beurnonville, conduciendo diez y seis mil hombres del ejército del Norte al socorro de Dumouriez, dejaba descubierta á Lille, en donde sólo habia diez mil hombres de guarnicion; fuerza insuficiente para defender fortificaciones muy vastas y para contener al mismo tiempo una poblacion de setenta mil almas. El duque Alberto reunió veinticinco mil hombres, pidió de los arsenales de los Países Bajos cincuenta piezas de artillería de sitio, se presentó el 25 de Setiembre delante de las murallas de Lille, é hizo abrir trincheras.

Cinco baterías armadas con treinta piezas se concluyeron en la noche del 29, y el baron D'Aspre fué á intimar la rendicion á la ciudad. Conducido al ayuntamiento con los miramientos conformes á las leyes de la guerra, el parlamentario hizo su intimacion al general Ruault, que mandaba la ciudad. El general respondió como hombre seguro de sí mismo, del valor de su débil guarnicion y del entusiasmo del pueblo. La multitud que se agolpaba á las puertas del ayuntamiento volvió á conducir al parlamentario hasta los puestos avanzados austriacos, en medio de los gritos de *¡Viva la república! ¡Viva la nacion!*, y el fuego principió al momento. Por espacio de siete dias y siete noches, las balas y las bombas destruyeron sin descanso la ciudad, mataron seis mil habitantes é incendiaron ochocientas casas. Las bodegas, donde las mujeres, los viejos y los niños buscaban un refugio, se hundieron en muchos barrios bajo el peso de las bombas, y sepultaron miles de víctimas bajo sus ruinas. Una poblacion intrépida se cambió en un ejército aguerrido, y no tuvo ni un solo momento de indecision, pareciendo ser la guerra la profesion habitual de aquel pueblo de las fronteras. Todas las ciudades del Norte de que Lille aún no estaba cortada por un cordon completo le enviaron víveres, municiones y batallones formados con lo más florido de su juventud. Seis miembros de la Convencion, Duhem, Delmas, Bellegarde, Daoust, Doulcet y Duquesnoy, fueron á encerrarse en sus muros para animar el valor de los sitiados y hacer ver en las fronteras que la nacion combatia con ellas en la persona de sus representantes.

En vano treinta mil balas rojas y seis mil bombas del peso de cien libras cargadas con metralla llovieron durante ciento cincuenta horas sobre aquel hogar humeante, sin cesar extinguido y sin cesar renovado; en vano, para animar la constancia de los sitiadores, la archiduquesa de Austria, María Cristina, esposa del

duque Alberto, fué ella misma á encender con su mano el fuego de una nueva batería: los de Lille conocieron que los austriacos cargaban sus piezas con barras de hierro, cadenas y piedras, y sacaron la consecuencia de que empezaban á escasear las municiones, y perseveraron con más confianza en su heroica impasibilidad bajo el fuego. El duque Alberto, careciendo á la vez de tropas y municiones, y sabiendo las ventajas obtenidas por Dumouriez en Champaña, temió refluyesen aquellos soldados sobre el Norte, y levantó el sitio sin ser perseguido.

Lille había perdido un arrabal entero, y muchos barrios de la ciudad no eran más que montones de ladrillos que servían de sepultura á los cadáveres hacinados. Sus restos humeaban aún, y las hendiduras de sus monumentos atestiguaban la gloria de una ciudad guerrera, defendida y sacrificada á la vez por sus mismos habitantes.

Allí se vieron rasgos dignos de la antigüedad. Un artillero voluntario de la ciudad servía una pieza sobre los baluartes; vienen á advertirle que ha reventado una bomba sobre su casa; se vuelve, ve la llama que se eleva sobre su mansión, y responde: «Aquí es mi puesto; aquí me han colocado para defender, no mi casa, sino mi patria. ¡Fuego por fuego!» Carga y dispara su pieza. La salvación de Lille excitó el entusiasmo nacional: las afrentas de Verdun y de Longwy estaban vengadas.

Apénas se había levantado el sitio de Lille, cuando Beurnonville, destacado del ejército de Kellermann con diez y seis mil hombres, se adelantó hácia las fronteras del Norte para concurrir al plan de invasión de Bélgica, tan largo tiempo premeditado por Dumouriez y tan gloriosamente interrumpido por la campaña contra el rey de Prusia.

Ya hemos visto cómo Dumouriez, deseoso de volver á adoptar este plan, se dirigió á París al momento que empezó el movimiento de retirada del duque de Brunswick. Su aparición en la capital tenía ménos por objeto triunfar que preparar nuevas victorias, obteniendo con el ascendiente de un general victorioso todos los medios necesarios para la invasión de Bélgica. Ídolo del pueblo, temido de los Jacobinos, amigo de Danton, halagado por los girondinos, su gloria, su destreza y su entusiasmo militar arrancaron al poder ejecutivo todas las órdenes y todos los recursos de que podía disponer. Las consecuencias del 10 de Agosto, la consternación de las jornadas de Setiembre, la proclamación de la república, el estupro de los unos y el delirio de los otros ante el cadalso del rey, y en fin, el orgullo de Valmy y la gloria de haber reconquistado el territorio, hacían correr á las armas toda la juventud de la nación. Las armas faltaban á los brazos, no los brazos á las armas. Se fabricaban apresuradamente en todos los talleres de la república. Muchos comisionados de la Convención y comisarios nombrados por los Jacobinos, unos armados con la ley, otros con la dictadura de la opinión, recorrían los departamentos para activar las fábricas de armas, decretar y animar los alistamientos en todo el territorio francés. Las autoridades locales, salidas espontáneamente del pueblo y compuestas de los hombres que la voz pública había designado como los más patriotas, tenían en el país una fuerza de confianza, de impulso y de ejecución que ningún magistrado había obtenido en tiempos ordinarios. Se les obedecía como se obedece á su propia pasión, y no eran más que los reguladores de un movimiento general.

Acudían en masa hombres de todas condiciones, de todas fortunas y de todas edades para formar los batallones que cada departamento enviaba á las fronteras. Los guardias nacionales, introduciendo sus soldados más aguerridos en aquellos batallones, se transformaron así sobre el mismo terreno en ejército activo. Los jóvenes que se habían señalado por más celo y patriotismo en la guardia nacional fueron nombrados por sus compañeros de armas comandantes de aquellos batallones. Estos voluntarios, hijos de las mismas ciudades, de las mismas aldeas y de los mismos cantones, hermanos, parientes, amigos y compatriotas, se conocían entre sí y escogían sus jefes entre los más valientes, los más dispuestos, los más queridos, y formaban en cierto modo tantas familias militares cuantos eran los batallones de cada departamento. Marchaban al combate vigilándose, excitándose mutuamente y prometiéndose dar fe de su patriotismo, de su valor ó de su muerte.

Al anunciarse un gran acontecimiento de París, al saberse la noticia de una declaración de guerra con un enemigo más, al oír la relación de las catástrofes ó de las ventajas militares que señalaban los primeros pasos de nuestros ejércitos en Champaña, en Saboya, en el Mediodía ó en el Norte, la llama nacional, despertada con más fuerza por el peligro ó por la gloria, se encendía en el corazón de los ciudadanos. Las ardientes proclamas de la Convención, de las autoridades, de los Jacobinos y de los representantes del pueblo en comisión, llamaban á los defensores de la libertad. Su voz, escuchada al punto, era la única ley para el alistamiento. El entusiasmo afiliaba, la voluntad disciplinaba, los donativos patrióticos equipaban, armaban, pagaban y mantenían aquellos hijos de la patria.

En las ciudades, en los pueblos y en las aldeas, los días en que las fiestas de la religión y las ferias reúnen los hombres en mayores masas, se levantaba un anfiteatro de madera en la plaza pública, en la de armas ó delante de la puerta del ayuntamiento. Una tienda militar sostenida por pabellones de picas y coronada de banderas tricolores se veía extendida sobre las aceras como recuerdo de un campamento. Esta tienda, cuya tela levantaban por delante un granadero y un soldado de caballería con uniforme, se abría del lado del pueblo, ocupando el centro una mesa con los registros de alistamiento. El representante del pueblo en comisión, con la faja tricolor ceñida, el sombrero con las alas levantadas, con un penacho de plumas, escribía en el registro los nombres de los que se alistaban. El alcalde, los regidores, los presidentes de los distritos y los de los clubs estaban agrupados á su alrededor. La multitud conmovida se abría á cada momento para dejar paso á las filas de los defensores de la patria, que subían las gradas del estrado á decir sus nombres á los comisionados. Los aplausos del pueblo, los abrazos patrióticos de los representantes, las lágrimas de enternecimiento de las madres de familia, las músicas militares, los redobles de los tambores y las estrofas de la *Marsellesa* cantadas en coro, recompensaban, excitaban y entusiasmaban aquellos sacrificios por la salvación de la república.

Aquel entusiasmo contagioso que dominaba las grandes masas llegaba á apoderarse muchas veces de los espectadores, y decidía á los hombres hasta entonces indiferentes ó tímidos á imitar los rasgos que presenciaban. Hombres casados se separaban de los brazos de sus esposas para lanzarse hácia el altar de la patria; otros ya de edad avanzada y hasta viejos, pero aún robustos y ágiles, venían á

ofrecer el resto de sus días por la salvación del país. Despojábanse de sus chaquetas ó casacas delante de los representantes, y mostraban su pecho desnudo, sus espaldas y brazos aún robustos, para probar que sus miembros tenían fuerza para llevar la mochila y el fusil, y arrostrar las fatigas de una campaña. Los padres, inscribiéndose con sus hijos, los ofrecían á la patria pidiendo marchar en su compañía. Las mujeres, para seguir á sus maridos ó sus amantes, ó animadas por aquel delirio de la libertad y de la patria, el más generoso y desinteresado de todos los afectos, abandonaban los trajes propios de su sexo, vestían el uniforme de voluntarios y se alistaban en los batallones de sus departamentos.

Estos voluntarios recibían un pasaporte para ir al depósito designado por el ministro de la Guerra, y recibir allí el equipo, la instrucción y la organización. Empezaban la marcha por grupos más ó menos numerosos, tambor batiente y cantando himnos patrióticos, acompañados hasta una gran distancia de sus pueblos por las madres, hermanos, hermanas y novias, que llevaban la mochila y las armas, y que no se separaban de ellos hasta que la fatiga había agotado, no su ternura, sino sus fuerzas. Donde quiera que se reunían carreteras, en los lugares elevados, en las entradas y salidas de las ciudades, á las puertas de las posadas aisladas donde estos destacamentos hacían alto, eran testigos los viajeros de aquellas separaciones y despedidas. Los voluntarios á quienes estos últimos abrazos dejaban rezagados, enjugaban sus lágrimas marchando aceleradamente para alcanzar á su batallón sin mirar hacia atrás, temiendo dudar y enternecerse, y volvían á cantar con una voz baja pero segura la estrofa de la *Marsellesa* que entonaban sus camaradas: *¡Allons, enfants de la patrie!*

La población de las ciudades y aldeas que atravesaban salía á las puertas de las casas para verlos pasar y ofrecerles pan y vino. En los puntos donde debían detenerse, se disputaban quién los alojara, como si fuesen hijos de la familia. Las sociedades patrióticas salían á su encuentro, ó les convidaban á asistir por la noche á su sesión. El presidente les arengaba, los oradores del club fraternizaban con ellos é inflamaban su valor, citando victorias tomadas de las historias de la antigüedad. Se les enseñaban los himnos de los dos Tyrteos de la revolución, los poetas Lebrun y Chenier; se les embriagaba con el ardor santo por la patria y con el fanatismo de la libertad.

Tales eran los elementos del ejército que marchaba por todos los caminos de Francia desde el centro hacia las fronteras, y que Dumouriez organizaba sobre la marcha.

Este general, después de haber pasado cuatro días en París, en conferencias secretas con Danton y en conferencias militares con Servan, entonces ministro de la Guerra, salió el 20 de Octubre para ir á su cuartel general de Valenciennes. Antes de presentarse en esta ciudad, pasó dos días en una quinta que tenía en las inmediaciones de Peronne, para meditar sobre dos objetos: su plan de campaña para libertar á Bélgica de manos de los austriacos, y su plan de conducta para adular ó intimidar á la Convención, servir á la república si sabía darse un gobierno, dominarla y destruirla si, como lo temía, pasaba de una anarquía á otra entre las manos de todas las facciones. El general había salido despreciando mucho á los girondinos, y lleno de confianza en el genio de Danton. El indeciso horizonte de su fortuna le presentaba dos perspectivas, sobre las que se complacía

igualmente en detener su imaginación: una dictadura para él mismo, dividida en lo interior con Danton, ó el papel de Mouk modificado por la diferencia de los tiempos y de los hombres; es decir, el restablecimiento por manos del ejército de una monarquía constitucional, cuyo pensamiento le sugería el duque de Chartres.

Mientras que Dumouriez combinaba así las probabilidades que podían traer en pos de sí la guerra ó la revolución, Servan dejó el ministerio, en el cual le reemplazó Pache.

XIII

Pache, personaje subalterno que acababa de salir de repente de la oscuridad, elevado al ministerio de la Guerra por los girondinos, era amigo de Roland, y uno de esos hombres cuya ambición se oculta bajo una modestia que tranquiliza contra sus pretensiones. Apenas se sabía cuál era su origen y por qué medios había marchado ó arrastrado hasta allí en la vida; sólo se sospechaba que era hijo de un portero del duque de Castries, educado por el interés de aquella ilustre familia, y que á su vez se había encargado él de educar á uno de los hijos de la misma casa. Instruido, estudioso y reservado, no dejando escapar en la conversación más que las palabras escasas y precisas que indicaban la exactitud y universalidad de su inteligencia, parecía muy á propósito para llegar á ser una de aquellas ruedas útiles del mecanismo de la administración, é incapaces de aspirar á ser nunca los reguladores. Tenía un desinterés hipócrita, pues ocultaba su deseo de mando bajo la apariencia y la sencillez de un filósofo. Esta austeridad antigua había seducido á madama Roland, que se entusiasmaba con todo lo que le hacía recordar los hombres de Plutarco. Había conseguido que su marido hiciese á Pache jefe de su gabinete particular en el ministerio del Interior, y confidente y auxiliar en sus trabajos más difíciles y secretos. Veía en Pache uno de esos hombres prudentes que la Providencia coloca en torno de los hombres de Estado para inspirarles sus consejos.

En el momento que Servan fué llamado al ministerio de la Guerra, entró Pache en su administración con el mismo título y el mismo disimulo que con Roland, demostrando en ella la misma aplicación en llenar su deber é igual aptitud para los pormenores. Al retirarse Servan, Roland había propuesto á Pache para la Guerra en el Consejo de ministros. Los girondinos, que bajo la palabra de Roland veían en Pache un amigo decidido de su fortuna y de su casa, le aceptaron con confianza, creyendo que de ese modo el espíritu de Roland animaría los dos ministerios; pero apenas Pache se vió instalado en el Consejo, sacudió como un recuerdo importuno toda dependencia como todo reconocimiento hacia su antiguo patrono, y principió á urdir en secreto, y bien pronto abiertamente con los jacobinos, las tramas que debían hacer caer á Roland del poder y conducir á su mujer al cadalso. Pache dió á los jacobinos por prenda la administración del ministerio de la Guerra, que confió á sus favoritos. Vincent y Hassenfratz dominaron allí en su nombre; el uno, joven franciscano, discípulo y émulo de Marat, y el otro, patriota de Metz, refugiado en París. Pache, únicamente ocupado en extender su popularidad, hizo de sus oficinas otros tantos clubs donde se veía el traje, las costumbres y el lenguaje de la más desenfadada demagogia. El gorro encarnado y la carmañola reemplazaban al uniforme. Las hijas de Pache, apareciendo en las fiestas cívicas, hacían